

de cortas dimensiones: *Suum cuique* y *Blasones y talegas*. Entre las más breves, no se sabe cuál escoger, porque todo es oro acendrado y de ley: yo pongo delante de todas *La Robla*, *El día cuatro de Octubre* y *Al Amor de los tizonas*. En mil ochocientos setenta y seis, queriendo Pereda ensayar sus fuerzas en trabajo de más empeño, escribió las tres narraciones que llenan el volumen de los *Bocetos al temple*, á que siguieron *El Buey suelto*..... don Gonzalo González de la Gonzalera y *De tal palo, tal astilla*, obras de tendencia polemista, y no tan excelentes como otras del autor, que puso el sello á su fama con *El Sabor de la tierra*, *Pedro Sánchez*, *Sotileza*, *La Puchera* y *Peñas arriba*, joyas que relumbrarán perpetuamente como soles en el cielo de nuestra literatura. Sobre todo, *Sotileza* representa el *summum* del arte: no cabe ir más lejos en punto á observación, á verdad en los tipos, á propiedad en los diálogos, ni en lo grandioso de las descripciones, en los efectos de claro obscuro, en lo perfecto del estilo y la dicción. Pereda es naturalista, mejor diremos, es natural, como lo han sido todos los grandes maestros.

Por lo extenso del plan que ha abarcado y por su sentido más ampliamente humano, aventaja á los dos anteriores Benito Pérez Galdós, en cuyas obras podrán estudiar las generaciones futuras la España del siglo décimo-noveno, con sus épicas luchas, sus entusiasmos, sus desgarramientos interiores, sus contrastes entre lo presente y lo pasado, su movable fisonomía, mejor que en cualquier libro docente. En los *Episodios*, en efecto, seguimos los acontecimientos nacionales y políticos desde principios del siglo hasta el matrimonio de doña Isabel II, vasto é interesantísimo panorama, en que alternan las trágicas escenas, descritas en estilo épico, con los cuadros de género en que palpita la realidad, las historias de amores, llenas de dramáticos incidentes, y los diseños satíricos, modelos de ironía punzante y agudo ingenio; mientras en *doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Boch* se inunda de pavor nuestra alma ante los tremendos conflictos producidos por el choque de las ideas y sentimientos en el terreno religioso, y en *La de Brindgas*, *Fortunata* y *Jacinta*, *La Incógnita*, *Realidad*, cautiva nuestra atención la acabada pintura de las costumbres modernas. Galdós combina el realismo con la fantasía, descolando en el análisis psicológico de los tipos excéntricos y caracteres originales que aparecen en los períodos de transición, como se ve en *Ángel Guerra*, *Nazarín*, *Halma*. Sus tendencias naturalistas no le arrastran á las demasías de Zola y sus imitadores. Por su fecundidad portentosa y su extraordinaria potencia inventiva, ocupa el primer puesto entre los novelistas españoles contemporáneos.

Muy eminente es también el que debe señalarse á doña Emilia Pardo Bazán, cuya primer novela, *Pascual López*, hizo concebir esperanzas que transformaron en hermosas realidades *Un viaje de novios*, *La Tribuna*, *El Cisne de Vilamorta*, *Los Pazos de Ulloa*, *La madre Naturaleza*, etc., etc. La señora Pardo Bazán ha imitado el naturalismo francés, pero en donde sus sobresalientes cualidades hallan más adecuado empleo es en la

reproducción de las escenas y costumbres regionales (*De mi tierra*, *Insolación*, *Morriña*), en que la riqueza del colorido y el conocimiento local nada dejan que desear. Su estudio de San Francisco de Asís, sus excelentes trabajos críticos, sus disertaciones acerca de las literaturas extranjeras, sus cuentos y sus numerosos artículos publicados en revistas y periódicos, revelan nuevas fases del privilegiado talento de esta ilustre escritora.

Finalmente, son autores de novelas dignas de elogio Octavio Picón, Ortega y Muni-lla, Palacio Valdés, *Clarín* (Leopoldo Alas), el P. Coloma, Ganivet, Blasco Ibáñez y Ochoa.

Trabajos de crítica y erudición muy notables han visto la luz en España en la época que abraza nuestra narración, llevándose la palma, entre todos los que se dedican á esta clase de estudios, don Marcelino Menéndez Pelayo, que goza de merecido y universal renombre. Leopoldo Alas, Balart, Balbuena, Ixart, no mencionando otros que les precedieron, se han distinguido también en la crítica literaria. De Valera ya hemos hablado. En punto á oradores, ningún pueblo moderno puede ufanarse de tener tantos ni tan brillantes como nuestra patria, en el período que nos ocupa. Imposible recordarlos á todos; pero sería imperdonable no citar á Aparisi y Guijarro, Nocedal, entre los nacionalistas; á Ríos Rosas, Cánovas del Castillo, entre los conservadores; á Martos, Echegaray, Moret, entre los demócratas; á Castelar, Figueras, Pi, Salmerón, entre los republicanos.

Antes de cerrar esta reseña, debemos decir algo de las literaturas regionales. El renacimiento de la catalana empieza en mil ochocientos treinta y tres con la oda *Á la patria*, de don Buenaventura C. Aribau, á que siguieron los ensayos de Martí y las poesías de Rubió y Ors (*Lo Gayter del Llobregat*.) En mil ochocientos cuarenta y siete, comienza á publicarse *El Romancerillo catalán*, de Milá; en mil ochocientos cincuenta y siete, da á luz sus primeras poesías en la lengua de Ausias March don Víctor Balaguer, y dos años más tarde se instauran de nuevo *Los Juegos Florales*, adquiriendo desde este instante el iniciado movimiento importancia cada vez mayor en la poesía lírica, en el teatro, en la novela, en la prensa periódica. En las Baleares y en Valencia, siguiendo el impulso recibido de Cataluña, jóvenes entusiastas aportaron su contingente á la obra común, escribiendo en los dialectos respectivos. Sin embargo, en estas provincias, en Valencia sobre todo, la perseguida restauración no ha salido del terreno puramente literario, mientras en Cataluña ha trascendido al político, no conteniéndose, por desgracia, en los límites de la justa protesta contra el corruptor centralismo. Debemos, empero, prescindir de este aspecto de la cuestión.

Mosen Jacinto Verdaguer es el poeta más célebre y esclarecido de todos los catalanes. Su poema épico, *La Atlántida*, ha sido vertido al castellano, al francés, al italiano y al provenzal. Aunque adolece dicha obra de falta de orden en el plan y abundan en ella las

incongruencias é inverosimilitudes, contiene sinnúmero de bellezas y circula por sus páginas un soplo de soberana inspiración. La nota dominante en *La Atlántida* es la exterior y objetiva, la magnificencia en las descripciones y el vigor y la novedad en las imágenes. En *Canigó*, leyenda fantástica, escrita posteriormente, ocupa más lugar la acción, si bien el autor no oculta sus irresistibles aficiones pictóricas. A género muy distinto pertenecen los *Idilios*, *Cantos Místicos* y otras composiciones, que pregonan altamente el nombre de Verdaguer como lírico. Casi todas sus poesías de esta clase son de carácter religioso, respirando unción, efusiva ternura y apacible melancolía. Los admiradores de Mosen Jacinto Verdaguer no encuentran palabras con que ensalzarlo. Cuando publicó *La Atlántida*, Federico Mistral le saludó como heredero de Milton y Lamartine.

España entera ha aplaudido al poeta dramático Angel Guimerá, desde que su tragedia *Mar y Cielo*, vertida al castellano, se representó en Madrid en Noviembre de mil ochocientos noventa y uno. Idealista y romántico, Guimerá se inspira en la tradición y en la historia, trazando con enérgico pincel cuadros de desmesuradas proporciones y sombría grandeza. Su terreno es el de los sentimientos exaltados y las pasiones avasalladoras. Como dramaturgo, pertenece á la familia de los Víctor Hugo y los Echegaray, con quienes presenta muchas analogías y puntos de contacto. *Gala Placidia*, *Mar y Cielo*, *Rey y Monje*, *La Roja* y *L'Ánima Morta* son sus tragedias más celebradas. Refiriéndose á *Mar y Cielo*, dice el P. Blanco García: «Ni los amantes de Verona ni los de Teruel se yerguen una línea sobre Said y Blanca, ni las leyendas explotadas por Shakespeare y Hartzenbusch contienen un conflicto más tremendo que el fantaseado por Guimerá, si quiera el autor inglés se eleve á aquella región de su exclusivo dominio adonde nadie alcanzó, y el desenlace del drama castellano exceda al suicidio con que termina la tragedia catalana.» Y á propósito de *L'Ánima Morta*, escribe el mismo autor el párrafo siguiente: «Con el espléndido triunfo que ha merecido á Guimerá..... toca en el punto de apogeo, no su gloria de dramaturgo, ya de atrás sólidamente cimentada, sino su originalidad, que va afirmándose con rasgos cada vez más señalados é inconfundibles. El rey loco, en derredor de cuya personalidad gira la fábula, el vengador de su padre, el tigre coronado que olfatea un crimen espantoso, del que le habla sin cesar el martillo que golpea en el yunque de su cerebro, el juez inexorable que, en la cripta donde descansan los restos del que le dió el sér, manda al bastardo protestar ante ellos de su inocencia, y por la negativa del monstruo adquiere la evidencia del parricidio que aquél concluye por confesar, este extraño personaje, digo, y los que con él forman coro en *L'Ánima Morta*, hacen pensar acaso en los procedimientos de Shakespeare, en algunas escenas de *La Locura de amor* y en las audacias de Echegaray; pero aún queda á Guimerá mucho que es sangre de su sangre, reflejo de su fantasía y prueba de independiente y enérgica per-

sonalidad.» En sus poesías líricas, menos conocidas que su teatro, aún se presenta Guimerá más enamorado de los contrastes fuertes y las lúgubres perspectivas, más influido por un implacable pesimismo, más atenaceado por el dolor y la tristeza. En *L'any mil* pinta con vigor insuperable el terror creciente de los ánimos al creer inmediato el fin del mundo: apasionado de Cataluña, no canta sus glorias, sino sus desastres, y cuando entra en el terreno de las confidencias íntimas, evoca con infinita amargura los recuerdos de la infancia, el bullicio de la Noche Buena y las alegrías de los primeros amores, frente al vacío, los desengaños y la soledad de los años siguientes.

Cuando Guimerá apareció, el teatro catalán estaba ya fundado. La gloria de su creación corresponde á Serafi Pitarrá (Federico Soler). Este popularísimo autor escribió al principio parodias y disparates cómicos, entusiasmando á los espectadores con lo ingenioso de algunos incidentes, las hipérboles desaforadas, los fáciles equívocos y hasta las groserías de expresión. Más tarde, después de haberse burlado del romanticismo sentimental, entregóse á él de lleno en *Las joyas de la Roser*, drama con que se inauguró el *Teatro Catalá del Odeón*, en Abril de mil ochocientos sesenta y seis. Alentado por el ruidoso triunfo que obtuvo con esta composición, Soler consagró todas sus energías á la empresa de dar vida al teatro regional, saliendo airoso en su empeño gracias á su flexible talento, su perseverancia incansable y su pasmosa fecundidad. En un cuarto de siglo se han estrenado más de cien obras suyas, en las que recorre todos los géneros, desde los más humildes hasta los más encopetados. Al mismo tiempo, ha dirigido el *Teatro Catalá* y publicado varios volúmenes de versos. En mil ochocientos setenta y cinco, ganó de una sola vez doce premios en los Juegos florales de Barcelona, entre los cuales se hallaban los tres ordinarios, que le valieron el diploma del *Gay saber*. La Academia Española premió también su drama histórico *Batalla de reinas*, de mil ochocientos ochenta y ocho. Posteriormente, ha enriquecido su repertorio con nuevas producciones. Su poema escénico, *Judas Kerioth* (mil ochocientos ochenta y nueve), levantó gran polvareda entre los católicos, siendo incluido en el Índice romano.

Los novelistas han contribuido al florecimiento de las letras catalanas. Entre ellos hay uno de mérito extraordinario y cuya fama no sólo se ha extendido por las distintas provincias de la patria común, sino que ha traspuesto los Pirineos. Se habrá comprendido que aludimos á Narciso Oller, elogiado por Zola, á pesar de no reconocerlo por de su escuela. Tanto en sus narraciones cortas (*Croquis del natural*, *Notas de color*), como en las extensas (*La mariposa*, *L'escanya pobres*, *Vilaniu*, *La febre d'or*), toma sus asuntos de la realidad ínfima y ordinaria, que bajo su aparente prosaismo oculta abundantes veneros de poesía. Sigue en esto la tendencia hoy dominante en todas partes; pero en vez de afectar olímpica indiferencia, como Flaubert ó los Goucourt, deja correr su emoción, que comunica á los lectores, y lejos de ver exclusivamente el lado feo ó repugnante de la

vida, como Zola, en sus cuadros alternan lo bueno de la vida y lo malo, que tal es, en último término, el espectáculo que nos ofrecen el mundo y la naturaleza.

Mientras así renacía y tocaba en su apogeo la literatura catalana, produciase otro movimiento de igual carácter, aunque no de tanta importancia, en la parte opuesta de la Península, en la antigua región galaica. En mil ochocientos sesenta y uno, se celebraron en la Coruña Juegos florales, que promovió y costeó el opulento propietario don Juan López Cortón, y al año siguiente publicóse una antología, con el título de *Album de la Caridad*. Constaba esta compilación de dos partes: contenía la primera las composiciones en prosa y verso premiadas en dicho certamen, y formaba la segunda un repertorio bastante completo de la poesía regional, así en castellano como en gallego, á partir de los primeros años del siglo décimo-noveno. Prescindiendo de las manifestaciones individuales que los preparan, podemos datar de estos actos, reveladores de un ideal colectivo, la moderna historia literaria de Galicia. Los contadísimos ensayos que en ella se registran para aclimatar el drama y la prosa narrativa en el dialecto provincial, carecen de valor: la única rama de la literatura gallega desarrollada hasta ahora ha sido la poesía lírica.

Justa fama se granjeó cultivando este género doña Rosalía Castro de Murguía. La ilustre autora de los *Cantares gallegos* y de las *Follas novas* ha sentido y hecho sentir como nadie los paisajes, las costumbres, el modo de ser de su tierra. Entre las bellezas que inmortalizarán los *Cantares*, recuerda doña Emilia Pardo Bazán «las églogas, sencillas y robustas á la vez, donde parece que respiramos el prolífico aroma de la tierra removida, la página de amor del Romeo y Julieta, campesinos que no acaban de despedirse, por más que los gallos han cantado anunciando el día; la oración de la moza soltera á San Antonio, pidiéndole con mucha necesidad un hombre, aunque sea tamaño como un grano de maíz; los terrores supersticiosos de la aldeana, que ve el fatídico *moucho* al lado de la fuente de la Virgen, cerquita del cementerio, mirándola de hito en hito con sus ojos encendidos como brasas.....» y otras muchas que enumera. Menos castiza es la inspiración de la señora Castro de Murguía en *Follas novas*, en donde se la ve seguir muy á menudo las huellas de Heine y de Becquer, no obstante lo cual conserva su propia personalidad, llorando en hermosas estrofas las desgracias del suelo natal, como antes cantara sus regocijos. Las composiciones coleccionadas bajo dicho título se publicaron en mil ochocientos ochenta, precedidas de un prólogo elocuente y muy laudatorio de don Emilio Castelar.

Otro poeta que honra las letras gallegas es don Valentín Lamas Carvajal. La miseria material y moral de los campesinos, el azote de la emigración, la tiranía del caciquismo y la usura le proporcionan vasto campo en que lucir sus preciosas facultades de observación y análisis. En algunas poesías de este autor, se observa cierta tendencia al romanticismo sentimental, sugerida sin duda por la lectura de los líricos castellanos; pero

lo que mejor maneja es el pincel realista. La ingénita melancolía de su alma desbordóse como un torrente en las *Saudades gallegas*. Su última obra, *Á Musa das aldeas*, casi alcanzaría la perfección en su línea, según un crítico, si el propósito de copiar la realidad no se juntase con el de presentarla siempre por su lado peor.

Algunas de las composiciones incluidas en los *Aires d'a miña terra* valieron á su autor, Manuel Curros Enríquez, ser llevado ante los tribunales por la intolerancia religiosa, y gracias á este proceso adquirió muy pronto una celebridad que, por otra parte, no podía ser más merecida. Tierno y delicado en la leyenda *Á Virxe d'o cristal*, que es una joya primorosamente cincelada, dulce y melodioso en *La Cántiga*, enérgico y valiente en *Á Igrexa fría*, en *Crebar as liras*, en las estrofas que dedica á cantar la llegada de la primera locomotora á Orense, pintor de costumbres en *Unha boda en Einibó*, Curros Enríquez es un poeta en toda la extensión de la palabra, como lo fueron Rosalía Castro y Lamas Carvajal, como lo son otros, que mencionaríamos con gusto si la forzosa brevedad de estas indicaciones nos lo permitiese.

El renacimiento literario de que algunos hablan en Asturias y las Vascongadas, no es comparable al de Galicia y mucho menos al de Cataluña. En estas últimas provincias parece haber alcanzado también su máximo desarrollo, y siendo hijo, en gran parte, de circunstancias transitorias, lo probable es que pronto comience á declinar.